

## EL SENTIDO

He buscado en diversos diccionarios -incluso en el “Vocabulario de la Filosofía” de Lalande- el sentido de la palabra “sentido”. Y me encuentro con que tiene diversos sentidos, entre otros el de “significado” y el de “dirección”. Todos sabemos -y este siglo, con su obsesión lingüística y lógica ha insistido en ello- que el lenguaje es ambiguo. Yo digo algo, creo expresarme con claridad y mi interlocutor me pregunta: ¿Qué quieres decir cuando dices tal cosas? La respuesta obvia sería: “Quiero decir lo que dije”, pero eso que dije puede entenderse en sentidos diferentes y mi interlocutor quiere saber cual de esos diversos sentidos es el que yo he querido expresar.

En nuestra reunión de la semana pasada, esta ambigüedad se dio en un momento con la palabra “realidad”. La ciencia habla de la “realidad”, decían los astrofísicos. La razón humana discurre acerca de la “realidad”, decía un filósofo. “La realidad es subjetiva, no objetiva”, decía otro filósofo de orientación diversa. Recuerdo que del Círculo de Bloomsbury, que se formó en Londres a comienzo de este siglo, en torno a Virginia Woolf, Lytton Strachey, John Maynard Keynes y otros, considerados por muchos como “snobs” se decía que en el había doce maneras diferentes de pronunciar la palabra “really”. Doce sentidos de una misma palabra, conectada con la realidad: “realmente”

Hay dos tendencias en la mente humana. En unos predomina el ansia de entender, de dominar lo desconocido, de saberlo todo. En ellos el esfuerzo de la mente y los resultados a los que ella llega parecen prevalecer sobre la realidad misma que se esfuerzan a conocer. Suelen ser analíticos; desmenuzan

la realidad y filtran sus elementos. Reducen la totalidad a sus partes, que son más fáciles de asimilar, de dominar. Suele llamárseles: “reduccionistas”.

En otros predomina el asombro ante lo que existe. Tienen conciencia de su propia mente humana como de un instrumento inadecuado para conocer la realidad en toda su riqueza y complejidad. Más que perderse en análisis que ven como mutilantes de la realidad, tienden a elaborar síntesis, a crear teorías o hipótesis que les parecen expresar mejor que los resultados analíticos, la sensación de misterio que sienten ante una realidad que los sobrepasa. Diremos que hay en ellos una tendencia “holística”, a veces mística en el sentido más amplio de esta palabra.

Cristóbal Colón que descubre un continente nuevo y los europeos de su tiempo que lo aclaman como un héroe o como un genio pertenecerían al primer grupo. El hecho de “descubrir” un continente les parece más importante que el hecho de que ese continente existiera antes de que Colón lo divisara y de que siguiera existiendo con o sin Colón.

Cuando Alberto Einstein declara que “la luz es la sombra de Dios”, asume la postura inversa. La mente humana llega por ahora hasta la luz. Pero parece presentir que, más allá del conocimiento humano, del mismo conocimiento científico, subsiste un misterio, ante el cual la mente humana se siente pequeña, débil, tal vez inadecuada, incapaz, impotente.

Lo más probable es que todos, a ratos, nos inclinamos más a una o a otra de estas posturas. Y que ambas sean complementarias. Y que la misma ciencia oscila entre momentos “positivos” que agradecerían a Augusto Comte y otros en que pareciera volver a las etapas “metafísica” y “teológica” que el daba por definitivamente superada.

Volvamos ahora a la palabra sentido en su acepción de “significado”. ¿Por qué buscamos el “sentido” o sea el significado de tal afirmación? ¿Por qué no nos quedamos con las palabras mismas que escuchamos? ¿Por qué creemos que esas palabras disimulan una verdad más importante que ellas mismas, que ellas logran sugerir, significar, pero no afirmar con claridad y decisión? Y ¿por qué desconfiamos un poco de las ideas “claras y distintas” que satisfacían a Descartes, como si detrás de ellas hubiera una realidad mas compleja, imposible de expresar con claridad pero que sin embargo existe?

¿Por qué cuando yo veo una bandera chilena, no me contento con mirarla con ojos textiles y siento confusamente surgir en mí ideas que la trascienden: Chile, mi patria, su historia, sus héroes...?

Buscar un sentido, mas allá de lo que uno ve u oye es reconocer o presentir la existencia de algo que no veo y no oigo, ni siento, ni percibo pero que me interesa, me desafía. Y esto a todos los niveles. Así se hizo la ciencia: la ley de la caída de los cuerpos de Galileo o la ley de la gravitación universal de Newton nos dejaron plenamente satisfechos, por un tiempo. Hasta que detrás de esas leyes, a fin del cabo simples, asomó primero y logró por fin imponerse como una evidencia, una complejidad de lo real que hizo estallar las leyes a las que pretendíamos someterlo. Y así también nació la filosofía. ¿Por qué los filósofos iónicos no se contentaron con decir lo que veían y adivinaban tras una realidad diversa y compleja la presencia de elementos simples y pocos: la tierra, el agua, el aire, el fuego que no veían? Ellos buscaban el sentido de lo que veían: lo que veían no les bastaba: eran significantes cuyo significado, cuyo sentido, había que descubrir, aunque fuera mediante una hipótesis inverificable.

Las intervenciones de Gastón y de Raúl parecían chocar con las afirmaciones tranquilas, bien informadas y sólidamente apoyadas en observaciones y en experiencias que acabábamos de escuchar de los astrofísicos. Detrás de una objetividad que parecía evidente, ellos sospechaban la presencia de una subjetividad que relativizaba la objetividad de los datos científicos. No aceptaban quedarse con la astrofísica de hoy, tan brillantemente expuesta por sus predecesores, como con un dato definitivo, cuyo significado era obvio. Seguían buscándole un sentido, un significado recóndito. Por un tiempo pensamos que era el contraste del sabio y del filósofo. Pero resulta que el sabio también es filósofo y siente la necesidad de reflexionar, como filósofo, sobre su ciencia. Y el filósofo, por su parte asume los datos de la ciencia para reflexionar sobre ellos como filósofo. Y, a veces, le hace ver a los sabios dimensiones de su ciencia que ellos talvez apenas habían vislumbrado.

“Sentido” tiene también otro sentido, fuera del de significado. Significa “dirección”, como cuando decimos que tal calle es de sentido único: va de norte a sur y nada más. No cabe duda que nos sentimos parte de un mundo que se mueve, que no es estático sino dinámico, en que actúan fuerzas. Y las fuerzas tienen dirección, tiene sentido. Darwin sintió que la tierra y lo que hay en ella evolucionaba en un sentido determinado: es su teoría de la evolución. La microbiología nos ha mostrado los mecanismos de esta evolución. Teylhard de Chardin, uniendo paleontología, teología y poesía, nos ofreció una síntesis: un universo que evoluciona, desde el átomo hasta el hombre y, por Cristo, del hombre hasta Dios. Un universo con dirección, con sentido.

Algunos quisiéramos que el mundo fuera inmóvil para poder estudiarlo mejor. Muchos padres quisieran que sus niños no crecieran porque presienten que el paso de la infancia a la adolescencia y a la juventud les va a complicar la vida, a sus niños y a ellos también. Digamos que lo que existe ha existido siempre y que el cambio es producto del azar. Pero, queramos o no queramos, la misma ciencia, de repente, nos plantea la posibilidad de un comienzo, de un big-bang; y la posibilidad de una inteligencia ordenadora que actúa por medio de una información genética y que parece conducir el universo, y el hombre hacia un fin. Y nuestros viejos prejuicios contra la finalidad, contra las teleologías, se reavivan. Pero nos resulta difícil, por no decir imposible, volver al “eterno silencio de los espacios infinitos” que espantaba a Pascal.

Aceptemos nuestro destino. Resignémonos o tal vez alegrémonos, de que, como Sísifo, tengamos que seguir eternamente llevando hasta la cumbre la pesada piedra del conocimiento humano, para verla caer una vez mas a su punto de partida. Porque cada nuevo empeño en volver a subir la piedra es la oportunidad de conocerla mejor, de descubrir tras su pesada realidad un significado que hasta ahora nos escapa. Y como los grandes navegantes y exploradores de otros tiempos, sigamos avanzando, hacia mares y tierras desconocidos cuya presencia presentimos sin embargo. Todo tiene sentido: significado y dirección. Sigamos buscándolos porque para eso fuimos hechos.

+ Bernardino Piñera C.,  
Arzobispo Emérito de La Serena